

**DÍAZ RODRÍGUEZ, Antonio J.:** *El clero catedralicio en la España moderna: los miembros del cabildo de la catedral de Córdoba (1475-1808)*, Murcia, Editum-Ediciones de la Universidad de Murcia, 2012, 447 pp.

Fernando Negrodo del Cerro  
Universidad Carlos III de Madrid

La renovación historiográfica sobre las instituciones eclesiásticas en la Edad Moderna es, quizá, uno de los aspectos más interesantes de la producción científica española en los últimos años. Trabajos -tanto generales como específicos- de los diferentes colectivos que integraban esta heterogénea realidad han ido apareciendo con relativa frecuencia desde fines del siglo pasado. Y la mayoría de ello, como el que ahora nos ocupa, de gran calidad, lo que nos permite afirmar que, a día de hoy, nuestro conocimiento sobre la Iglesia española en toda su compleja dimensión es muchísimo mayor que el que teníamos no ha mucho. Esta aseveración creo que es fácilmente constatable, centrándonos ya en la misma temática que aborda este libro si recordamos las aportaciones de Iglesias, Irigoyen o Cabeza para los cabildos de Santiago, Murcia o Palencia que van, poco a poco, rellenando los numerosos huecos que sobre estos colectivos teníamos. Y en este proceso de colmatación de vacíos, un estudio como el de A.J. Díaz Rodríguez, nacido de una tesis doctoral, ha de ser tenido muy en cuenta.

En efecto, la obra que comentamos, articulada en cuatro partes y doce capítulos, está llamada a convertirse en un referente de primer orden para los sucesivos análisis que sobre cabildos catedralicios y corporaciones similares se hagan en un futuro porque no es un mero análisis institucional de una organización eclesial cordobesa sino que, a través de sus casi 450 páginas, lo que se nos disecciona es una realidad social pretérita focalizada en un conjunto de canónigos pero que trasciende con mucho su localización, de ahí que, por una vez, título y subtítulo estén bien puestos: interesa el elemento capitular como sujeto de estudio -elemento capitular en general- y éste se concreta en los miembros del cabildo cordobés a los que, profusas comparaciones y acertadas generalizaciones, nos permiten contemplar como paradigmas de una forma de vida y de una evolución histórica. Díaz Rodríguez rescata, en toda su amplitud, las cualidades inherentes a esta “aristocracia eclesiástica”, sus relaciones, solidaridades y estrategias (excelentes los capítulos 4,5 y 6) y nos ofrece, como dice su prologuista, un magnífico

“fresco histórico” aunque me atrevería a decir más: se nos permite asomarnos a la sociedad de Antiguo Régimen en sí.

Porque, en mi opinión, el mayor de los muchos méritos que reúne el libro de Antonio J. Díaz es que engarza a la perfección a la corporación eclesial, analizada institucionalmente en el primer capítulo (¡cuántos tópicos quedan debelados en el apartado “Limpios, puros y escogidos”!) con el mundo que la rodeaba y del que formaba parte destacada. Y este mérito tiene mucho que ver con cuestiones conceptuales y metodológicas; en otras palabras, con el rigor científico sobre el que se asienta la investigación. Y de esta sólida base me gustaría resaltar una serie de aspectos porque son los que, a mi entender, dan enjundia al trabajo:

En primer lugar un enfoque transversal y diacrónico que nos permite vislumbrar las diferentes facetas de un grupo que ni fue monolítico, ni desempeñó los mismos roles durante trescientos años, ni se nutrió de idénticas bases sociales. El “cambio inmóvil” (Díaz es aventajado discípulo de su maestro cuando habla de “una realidad social que mutaba con una máscara de estatismo y eternidad”) queda patente al analizar las procedencias geográficas, familiares y económicas de los prebendados y cómo la preponderancia nobiliaria va a ir siendo suplantada por grupos mesocráticos con fuertes lazos intrapersonales con el poder local. Este enfoque permite el análisis de variables tan dispares como son la gestión de las rentas de que gozaban los diferentes cargos (cap. 7), sus estrategias de ascenso, el papel de la venalidad romana (inapelables los datos del capítulo octavo) o los esfuerzos por presentarse como lo que eran (o aspiraban a ser): “auténticos señores cordobeses de nobleza inmemorial y fuera de toda duda” (p. 424).

En segundo lugar es de destacar el rigor conceptual del autor. Aunque, como él mismo refiere, no siempre es fácil categorizar a ciertos individuos, ni realizar una taxonomía social exacta es de agradecer las puntualizaciones que se anotan a la hora de hablar de mesocracia urbana o de élites rurales. Asimismo sus categoría de análisis, que van de la microhistoria a la gran historia social, son siempre acertadas y muy oportunas. Por encima de la profusión de datos –y es ingente el volumen de los mismos que se nos da- siempre se oye la voz del autor quien los presenta perfectamente incardinados y con un discurso lógico definido. Sin solución de continuidad se pasa de una dimensión local a otra romana, pero el cambio de perspectiva no chirria, al revés, ayuda a entender el complejo mundo benefical y las prebendas.

En tercer lugar, y en consonancia con lo anterior, debemos mencionar el uso de las fuentes. Como es de recibo en cualquier trabajo científico, máxime si procede de una

tesis, el autor demuestra conocer con solvencia toda la bibliografía respecto a los cabildos catedralicios no sólo en el ámbito hispano sino también en Francia o Italia, pero lo que es realmente apabullante es el empleo de fuentes manuscritas que otorgan al trabajo las posibilidades que venimos diciendo. A diferencia de los estudios sobre cabildos de hace décadas, referenciados casi en exclusiva a los propios papeles catedralicios, Antonio J. Díaz ha buceado por otros muchos piélagos documentales. Roma, Madrid, Granada, Toledo y, por supuesto Córdoba, son los lugares desde los que se ha investigado lo que permite una mirada mucho más amplia –y profunda– sobre la realidad capitular. Esta profusión de fuentes, combinada con una metodología rigurosa, pero a la vez diversa, da como resultado varios libros en uno pues podemos leer magníficas páginas de *nueva historia política* (por ejemplo el capítulo 1), de *historia de la familia* (capítulos 5 y 9) o de redes sociales. En todos estos ámbitos el autor se siente cómodo lo que da fe de su valía como investigador y solvente historiador.

Por último también es de destacar el aparato gráfico que acompaña al texto. Abundan (y no sólo en los apéndices) los diagramas, gráficos, tablas y árboles genealógicos que en absoluto son superficiales pues ayudan a entender diversas tácticas de endogamia, enriquecimiento, consanguineidad, etc. Ahora bien, en este apartado nos gustaría introducir la única crítica que se nos ocurre a la hora de reseñar este magnífico libro y que tiene mucho más que ver con el editor que con el propio autor y es la constatación de tres carencias muy relacionadas: no presenta índice de nombres, ni de tablas y cuadros ni un apartado de fuentes y bibliografía final, lo cual en un trabajo de estas dimensiones y que se convertirá en obra de referencia, es de lamentar. Por supuesto estas carencias no desmerecen la labor investigadora y narrativa pero afean un producto que, desde el punto de vista científico, es intachable.

Así pues, como el mismo autor dice en las conclusiones, la lectura de esta obra ofrece respuestas a la realidad vital del mundo de los prebendados. Una realidad profundamente imbricada en el tejido social cordobés, del que se constituían en una élite socioeconómica, y que a la vez muestra unos comportamientos fácilmente trasmutables a otras ciudades de la Corona de Castilla como serían los fenómenos de patrimonialización y mercantilización. Su verificación sobre las fuentes crea un modelo de análisis que puede servir para otras investigaciones similares.

En conclusión, y siendo conscientes de que quizá no sea ésta una reseña al uso pues no se ha resumido la estructura del libro ni sus diferente apartados, en las líneas precedentes hemos querido mostrar nuestra enorme satisfacción al comprobar cómo se

puede hacer buena historia de la Iglesia huyendo de panegíricos y olores a santidad. La lectura del libro de Antonio J. Díaz Rodríguez puede que no nos edifique las almas pero, es seguro, que aportará a la historiografía un elemento imprescindible de lectura y consulta.